

ción que los hechos bruscos, de interés completamente secundario. «La despoblación mata las naciones sin causar dolor á los individuos que las forman, y no sintiéndose dolor, ninguna queja se oye»¹. ¿Amenaza actualmente la existencia de la nación francesa esa enfermedad social que Aristóteles denominó oligantropía? ¿Ha llegado para ella el momento de prepararse á morir?

¿Cuáles son las causas de la disminución en el progreso de la población kilométrica? Seguramente son múltiples, pero es muy difícil saber en qué orden de importancia han de colocarse, sin contar con que este orden puede variar según las diversas provincias. El hecho característico en la disminución parcial de la población francesa consiste en que «la pobreza conserva la vitalidad de la raza, en tanto que la riqueza ó el bienestar constituye un pacto con la muerte»². Los cuatro grupos de departamentos que se despueblan son las riquísimas comarcas de la baja Normandía, la Gascuña oriental con el Quercy, una parte del Languedoc, Provenza y la región borgoñona y champañesa. Los dos departamentos donde el mal es más inveterado, el Eure y el Lot-y-Garona, en los cuales la lista anual de los muertos excede á la de los nacimientos desde hace dos tercios de siglo, se clasifican entre aquellos cuyos terrenos tienen la mayor fecundidad. No puede decirse que aquí, porque en el banquete de la vida no haya cubierto, se vean los candidatos al festín obligados á retirarse, ni que siquiera tengan ocasión de nacer; los recursos son abundantes y aun sobreabundantes; mas por la concepción especial de la vida, que ha llegado á ser el ideal de los propietarios, se explica la reserva de las fuerzas que en otras partes se emplean en el aumento de la natalidad. En esos distritos, no sólo disminuye regularmente el número de los matrimonios y aumenta el de los célibes, sino que los mismos esposos se acercan cada vez más al celibato³.

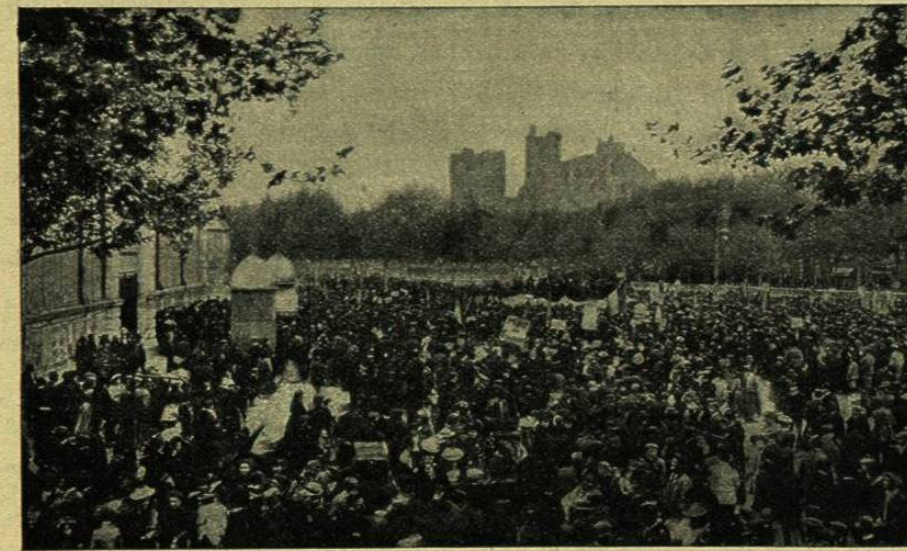
¿Cuál es, pues, su ideal? Perpetuar la riqueza ó al menos el bienestar en la familia. No pudiendo conservar sus bienes para sí más allá de la tumba, el egoísta poseedor quiere al menos que su

¹ Arsène Dumont, *Revue Scientifique*, 20 Julio 1895, p. 92.

² Arsène Dumont, *Revue mensuelle de l'École d'Anthropologie de Paris*, 15 Enero 1897.

³ Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, p. 130.

propiedad no sea fraccionada, y prefiere correr el riesgo de haber de transmitirla á un pariente, á repartirla entre varios hijos. Cosa rara y antinatural: la procreación de los hijos, es decir, la evocación de la generación que viene y que debiera continuar fácilmente la obra de la humanidad, se deja á los desgraciados, á los que no tienen cuidado alguno del porvenir. Y esta incuria de los genitores es quizá preferible al cuidado de los que ven en los hijos la



Cl. Allard.

UNA MULTITUD MERIDIONAL — (Narbonne 5 de Mayo de 1907)

simple continuidad del nombre, de la herencia, de la influencia aristocrática ó burguesa.

Si el propietario tiene empeño en la eterna duración de su propiedad, al menos puede transmitirla á los suyos, mientras que otra categoría de individuos ni siquiera tiene este ideal. El funcionario, el hombre dedicado á la vigilancia de sus conciudadanos, se inclina fácilmente á no tener más que ambiciones personales. Los oficiales, los empleados del Estado, los asalariados de las compañías, no tienen una existencia asegurada, no sólo por su trabajo, como parece á primera vista, sino por la benevolencia de sus superiores, que pueden despedirles, arruinarles cuando les convenga. Además, todos esos empleados no tienen en perspectiva ascensos ó mejoras

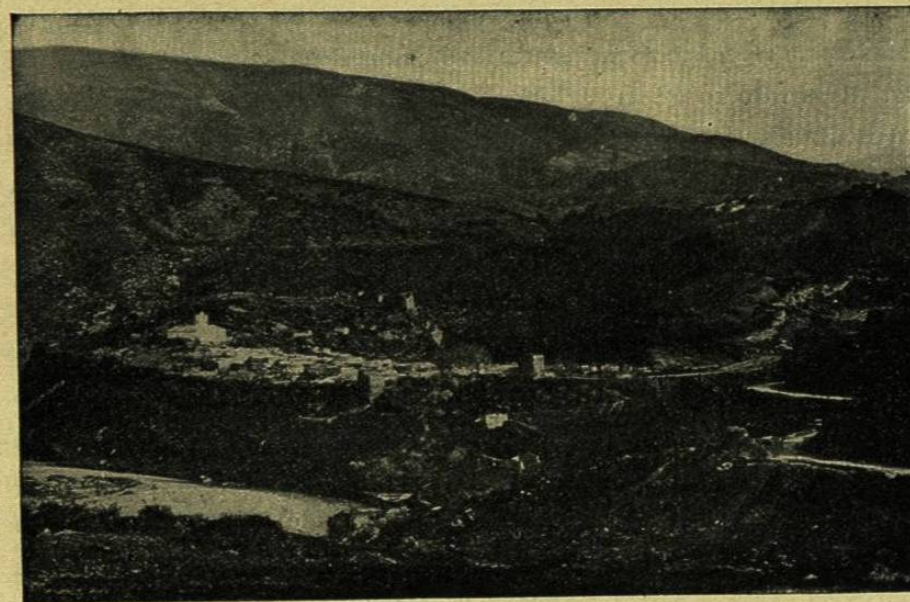
en su situación sino á condición de agradar á sus jefes: todo adelante es á ese precio. El interés les impone visitas, servicios, complacencias y cierta buena presencia para aumentar las probabilidades de avance, y los gastos están casi siempre en relación con el rango á que se aspira. En tales condiciones es imposible una familia numerosa; constituiría hasta un escándalo á los ojos de los que pueden distribuir las dotaciones y las plazas á los hijos suplementarios. Razones análogas impulsan á las mismas prácticas á los que ejercen profesiones liberales, como médicos y abogados; por último, los individuos cuyas funciones imponen una educación relativamente superior, es decir, los directores y profesores de facultades y de colegios, son generalmente pobres en hijos: por una risible ironía de las cosas, los pontífices de la moral pública, de acuerdo con otros pontífices, los sacerdotes célibes, se dedican ostensiblemente á la abstención voluntaria¹. Además de los hechos de limitación consciente de las familias que en tan gran número se observa entre propietarios y aristócratas, se ha de mencionar también, según la mayoría de los médicos, los hechos de esterilidad conyugal procedentes, en las familias acomodadas, de la sobrealimentación en substancias azoadas. Suele imaginarse que aumentando las dosis de alimentación, haciendo trabajar excesivamente el aparato digestivo, se gana en fuerza y en salud, y sucede lo contrario. La infecundidad de los matrimonios suele ser causada por esa riqueza continua de alimentos tónicos á los cuales se añade el vino puro, el café fuerte y los licores, sucediendo lo que con las plantas ampliamente nutridas, que se llenan de hojas y no dan fruto².

La composición social de muchos centros industriales que conservan oficialmente una posición muy secundaria en los departamentos, impone la existencia de un núcleo poderoso de familias muy ricas que tienen el orgullo de su posición y desdeñan el mundo de los funcionarios. A esa aristocracia industrial corresponde un numeroso proletariado que constituye la gran mayoría de la población, y una clase intermediaria de revendedores que viven de la clientela

¹ Arsène Dumont, *Profession et Natalité*, sesión de la Sociedad de Antropología de París, 4 Febrero 1897.

² Maurel, *De la dépopulation de la France*, la misma Sociedad, 18 Diciembre 1896.

de los obreros y suelen estar sometidos al poder discrecional de los dueños. Y resulta que esas diversas clases tienen una gran natalidad, muy superior á la de las sociedades burguesas compuestas de rentistas y de funcionarios. La existencia es aleatoria, lo mismo para el obrero que para el patrón; uno y otro corren tras la fortuna, aceptando sus consecuencias; arriesgando diariamente pérdidas y ganancias, no temen aventurar hijos en la batalla de la vida; hasta



Cl. Geiser.

EL VIEJO TENES, ANTIGUO NIDO DE PIRATAS

se ha observado que, por el contagio de las ideas y el espíritu de imitación, la población agrícola que rodea los centros obreros se siente inclinada á fundar familias numerosas. Dumont ha hallado numerosos ejemplos alrededor de Dunkerque, de Lillebonne y otras ciudades industriales.

Las condiciones económicas y sociales reaccionan de diverso modo sobre el equilibrio de la población, haciendo variar constantemente las oscilaciones de la vida y de la muerte. Como quiera que sea el estado ó el resultado de esas alternativas, el progreso no es movimiento que se mide solamente por orden numérico, siguiendo la estadística precisa de las cabezas de hombres, mujeres y

niños. No hay duda que el número es un elemento de civilización, pero no es el principal, y hasta en ciertos casos puede ser un obstáculo al desarrollo de un verdadero progreso en bienestar personal y colectivo, lo mismo que en bondad mutua.

Por otra parte, la inmigración de las poblaciones vecinas toma en Francia el lugar de los que dejan de nacer en ella, y es indudable que los hijos de extranjeros son «buenos Franceses», tan perfectos patriotas como fueron entusiastas Prusianos los Dubois-Reymond, los Verdy del Vernois y otros descendientes de los calvinistas. Se ha notado con frecuencia que entre los hombres que con más vehemencia han discurrido sobre la «gloria de Francia», se halla cierto número cuyos abuelos nacieron fuera de sus fronteras: el suelo, el medio y la lengua modelan el individuo que se coloca entre la masa de la nación. En resumen, no parece que Francia, comparada con sus vecinas, les ceda en valor en su parte de trabajo útil.

A las naciones latinas, y sobre todo á Francia ha de considerarse unida el Africa menor, es decir, la parte del continente africano que las extensiones arenosas y pedregosas del Sahara, antes — á lo menos parcialmente — ocupadas por un brazo de mar (De Lapparent), limitan sobre todo el frente meridional, desde el golfo de Gabes hasta el Atlántico de las Canarias. Por la continuidad de las tierras emergidas, esta «Africa menor», la Mauritania, pertenece al continente negro, mas por su arquitectura geológica, por la dirección, la naturaleza y los pliegues de sus cadenas de montañas (Ed. Suess), por sus plantas y su fauna, como por sus razas de hombres autóctonos, esta comarca es mucho más europea que africana: forma un todo con el mundo mediterráneo, que constituyen Italia y sus islas, Provenza, Languedoc, las Baleares y la península Ibérica.

No obstante, los acontecimientos políticos separaron frecuentemente durante el curso de la historia las dos vertientes del mar interior: eran tan grandes los peligros de la navegación antes de la época moderna, que los movimientos de colonización eran casi siempre impedidos ó largamente retardados y las expediciones militares solían ser comprometidas: para ir de una orilla á otra se empleaban entonces tantos días como horas tardan en la actualidad los

buques de marcha rápida. Después de la destrucción del imperio romano, se produjo la separación completa entre las poblaciones de las dos orillas, y aun la emigración victoriosa de los Arabes pudo hacerse á lo largo de la costa septentrional del continente sobre la enorme distancia que separa el mar Rojo del Atlántico, el Sinaí de los Pirineos. Habiendo sido interrumpido el movimiento normal del Norte al Mediodía, entre las dos unidades del mundo mediterráneo, se manifestó una presión secundaria de Este á Oeste.

Actualmente ha podido reconstituirse la cohesión natural, aunque brutalmente, por la conquista militar. La Argelia y Túnez son colonias francesas, ó por mejor decir, sud-europeas, puesto que los principales inmigrantes son Franceses del Mediodía, Españoles, Mahoneses, Malteses é Italianos: éstos predominan mucho en Túnez, en tanto que los Españoles sobresalen en número sobre los Franceses en la Orania. Sin embargo, las tierras mauritanas no son sino muy parcialmente, desde el punto de vista etnológico, anejos de la Europa moderna; son ante todo un país bereber, y aun, en cierta medida, una región de conquista árabe: Asia se mezcla allí con Europa y con la antigua Occitania. Cuando Napoleón III, con gran escándalo de los colonos franceses, calificó la Argelia de «reino árabe», dijo una gran parte de verdad. Por lo demás, los militares franceses que unieron la Argelia á Europa profesaron siempre la misma opinión que el emperador de su elección, y esta opinión les era impuesta por el espíritu de cuerpo: el deseo de mandar, tan propio de soldados, les hacía preferir los súbditos árabes, de quienes eran amos absolutos, á los conciudadanos franceses, á quienes podían despreciar, pero que se hallaban protegidos por la ley común.

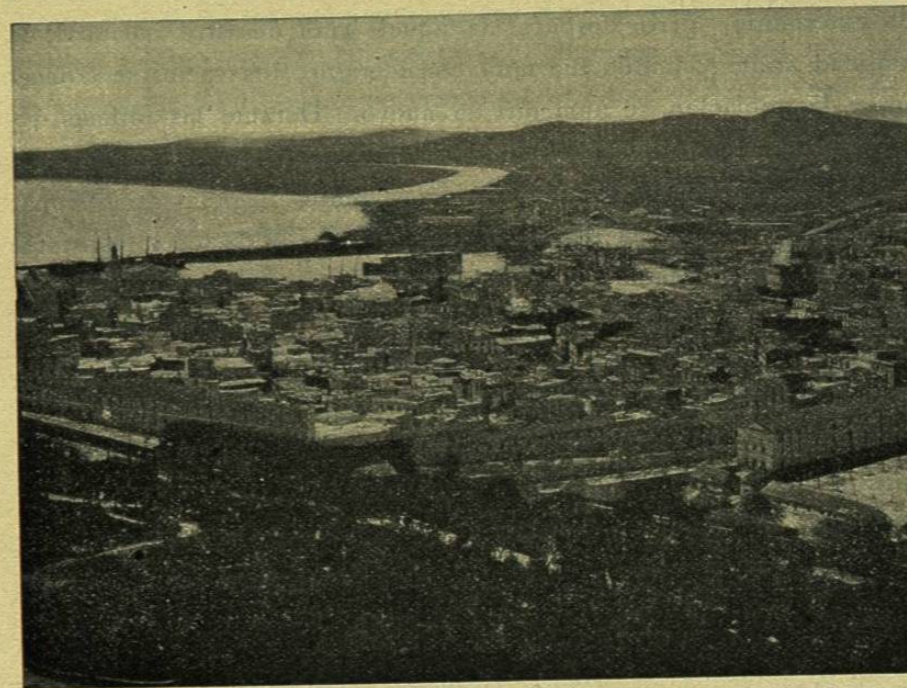
Vino después la era de la colonización oficial; se había impedido á los inmigrantes establecerse á su antojo sobre tierras amistosamente compradas á los Arabes; á la sazón se trataba de determinar de antemano el lugar donde se edificaría una villa de tal número de casas con jardines de tantas áreas y campos de tantas hectáreas, adonde se expediría un número de cultivadores fijado en las oficinas de París, con un cuaderno de cargos debidamente firmado y marcado por toda la serie de las autoridades militares y civiles. Ain-Fouka, la primera villa fundada por el general Bu-

geaud, que recibió en la historia la reputación de un gran colonizador, fué inaugurada militarmente por una compañía de 147 colonos, precedida de oficiales, soldados y tambores. Cada concesionario recibió con la casa y el campo una dote de 700 francos y una mujer enviada de Tolón por el general. Se comprende lo que llegaría á ser la población de aquella villa oficial, felizmente reemplazada al poco tiempo por familias de verdaderos labradores. Fouka se ha convertido en la graciosa villa costeña de Castiglione, de casas desparramadas en la playa y en las viñas.

La farsa de la colonización oficial se cambió después en tragedia, cuando, en 1848, la Asamblea Nacional, queriendo desembarazarse de los revolucionarios parisienses, quiso instalar de un golpe quince mil colonos en una cuarentena de villas fundadas en diversos puntos á la casualidad. Aquello fué un lamentable desastre: la mayor parte de los colonos improvisados perecieron ó se dispersaron; hubo población en que sólo quedó un individuo, llamado por irrisión «el guarda de las ruinas». Una vez más quedó probado que la colonización oficial es más funesta que útil por los gastos que ocasiona, los malos elementos que aporta y el desaliento en que sumerge á los colonos libres.

Retardada por esa deplorable ingerencia del gobierno en la colonización, la población se ha ido efectuando, no obstante, de una manera continua, como resultado de las iniciativas personales. Desde los primeros días se produjo un principio de toma de posesión efectiva fuera de las fortalezas y de los campos ocupados por los soldados y los parásitos del ejército, y á pesar de la incertidumbre política del porvenir, algunos valientes hortelanos y labradores se aventuraron en los campos, fuera de la zona del cañón, comenzando con la piqueta la era de la anexión positiva. Diezmados por las fiebres y por las balas, los rudos campesinos no se desanimaron: á los primeros sucedieron otros más numerosos; las villas desocupadas por la muerte se repoblaron de nuevo, después por segunda y tercera vez. Hasta las villas oficiales acabaron por prosperar cuando los antiguos concesionarios desaparecieron y en ella se instaló la colonización libre. Las casas blancas con tejados rojos se elevaron sobre las colinas al lado de los pinos y de los algarrobos ilumi-

nando de lejos el espacio, en tanto que las tiendas negras de los Arabes, pegadas al suelo, se perdían en los accidentes del terreno. Las habitaciones europeas se agrupaban, alineándose en calles; nacían villas unidas por caminos, luego por ferrocarriles: el conjunto de los puntos ocupados se enlazaba en un todo geográfico por una red de vías de comunicación, y poco á poco la sociedad civil euro-



BONA — VISTA TOMADA DESDE HIPONA

Cl. J. Kuhn, edit.

pea, la del trabajo y de la industria, reemplazó, rechazándolas á cuarteles y campamentos, á las tropas de todas armas y de todos uniformes, únicas que en las primeras décadas habían representado á los ojos de los Arabes la «gran tienda» de Francia. Al principio los musulmanes de Africa creyeron que Francia era un país dividido en cuatro grandes tribus, los Zuavos, los Cazadores de Africa, los Grandes Capotes y los «Alegres» ó disciplinarios, así llamados por antífrasis. Los Arabes no veían en los paisanos más que una casta inferior comparable á la de sus pastores¹.

¹ Emile Masqueray, *Souvenirs et Visions d'Afrique*, p. 36.

Algunos profetas, grandes partidarios de la fuerza, habían afirmado ya que, en el conflicto inevitable de razas, los inmigrantes europeos, aumentando incesantemente en número, acabarían por exterminar las poblaciones de otro origen, para ocupar su lugar, como los Ingleses han reemplazado á los Pielas Rojas y á los Tasmanios. Un hambre atroz que hizo perecer quizá más de medio millón de indígenas argelinos, en 1857, pareció dar razón á aquellos teóricos del exterminio, pero después de aquel gran desastre nacional, la natalidad árabe y kabila fué muy considerable, los vacíos se colmaron, y la población se aumentó de nuevo. Durante las últimas décadas, el aumento de los elementos nacionales que pueden calificarse de «indígenas», en comparación con las gentes llegadas de Europa, se ha conservado en la misma proporción que la de los inmigrantes extranjeros, no formando éstos más que una sexta ó séptima parte de la cifra total de los habitantes. Desde el punto de vista numérico, los elementos africanos y asiáticos poseen, pues, una gran superioridad, compensando en parte la preponderancia que dan al elemento francés el prestigio de la conquista, la posesión de las riquezas militares y la cohesión política, administrativa, industrial y comercial.

La mayor debilidad de los indígenas, comparados con los Franco-Europeos, consiste en su falta de unidad. Ante todo cada ciudad rompe la cohesión del mundo árabe; casi sin excepción, la población de los grupos urbanos es europea en gran mayoría, y hasta en aquellos en que el elemento árabe es muy considerable, la dirección se halla tan bien centralizada en manos de Franceses por las instituciones políticas y las ventajas de la cultura intelectual y de la fortuna, que su preponderancia es enorme: no hay comparación posible entre los habitantes de origen europeo y los indígenas. Y no es eso todo: las ciudades están unidas unas á otras, cuando no por ferrocarriles, por caminos, donde la circulación consciente, representada por los mensajes, las cartas, los periódicos y los envíos de todas clases es esencialmente francesa: esa red que representa el sistema nervioso entre todos los ganglios de las ciudades, asegura la superioridad de los inmigrantes desde el punto de vista de la cohesión y de la influencia.

Pero hay más todavía: existen ciertos distritos rurales donde los Arabes están en minoría y donde sus territorios étnicos se hallan, por consecuencia, separados unos de otros. Por ejemplo, el Sahel de Argel y la gran llanura de la Mitidja son tierras esencialmente francesas, donde los Arabes apenas son ya huéspedes tolerados y en su mayor parte simples mercenarios. En esta región se produce una laguna tanto mayor en el mundo árabe, en cuanto casi inmediatamente al este de los campos ocupados por las villas francesas de la Mitidja se eleva la alta ciudadela del Djurdjura, habitada por cerca de un millón de Kabilas que tienen perfecta conciencia de su origen distinto como nación. Hacia su centro, la masa de los Arabes de la Argelia francesa se halla cortada en dos mitades diferentes. Al sud de Orán la población de los campos por colonos españoles y franceses ha producido un fenómeno análogo: á pesar de la presencia de Marroquíes en número de 7,000 (censo de 1900), los musulmanes están en minoría efectiva en el distrito de Orán, y los Arabes del Oeste, limítrofes de la frontera, tienen cortada toda comunicación fácil con los Arabes del Este que viven sobre las mesetas y las alturas que dominan el valle del Cheliff. En realidad puede decirse que la conciencia colectiva de la nacionalidad árabe es debida principalmente á la presencia de los Franceses en Argelia. Antes de la mitad del siglo, la diferencia esencial, única á los ojos de los indígenas, era la del culto: la semejanza de origen se manifiesta cada vez más y reemplaza parcialmente á la de la fe, á medida de los progresos de la irreligión y de una superior comprensión de las cosas.

Sin embargo, si los contrastes históricos están mejor comprendidos, no deja de verificarse una aproximación moral, á pesar de los mismos individuos que son objeto de ella, en contra de sus propias y constantes afirmaciones. Se pretenden inconciliables para siempre, como el fuego y el agua; pero eso son vanas palabras, expresiones adverbiales. Ante todo, los colonos de Europa, aventurados á lo lejos en medio de Kabilas y de Arabes, han de obedecer al instinto de conservación, y aclimatarse moralmente, adaptarse á la nueva residencia: la lengua, el modo de pensar y las costumbres se modifican algunas veces de una manera completa. Respecto de los indígenas que permanecen en las ciudades, el fenómeno es análogo: la mayo-